

ct

Pródigo

de
Eva Mir

(fragmento en castellano)

Í
Tienes, qué sé yo, uno, dos años. Entramos en la carnicería.

L
¡El cuarenta y ocho!

Í
La abuela, el abuelo y mamá atienden a la gente del barrio.

L
¿Te están despachando ya? ¿No? Vale, pues voy contigo.

Í
En la cola ves a un señor santiguarse, porque la Iglesia que hay justo al lado de la carnicería toca las campanas.

S
¿Así de finicas o un poco menos?

Í
Tú no sabrás lo que es una Iglesia hasta mucho después.

L
¡El cuarenta y nueve! Sí sí, vamos lentos. Es que se nos ha escacharrao la máquina de cortar fiambre y llevamos un jaleo, pero bueno, dime, dime qué te pongo.

S
Hombre no, no da igual, usted dígame cómo las prefiere, que la carne mal cortada vale menos.

Í
El suelo resbala, no lo tocas pero sabes que está frío y juegas a hacer ruido con la suela de tus zapatillas nuevas, las que se iluminan.

L P y S
Las Lelli Kelly.

Í
Las Lelli Kelly, sí. Las zapatillas divertidas, que dice tu madre.

P
Perdóneme, que lo tenemos todo hecho un cristo hoy.

L
Di que no, que es un exagerado.

P

Es que nos ha llegado todo el género a la misma vez...

L

Me sigue con el paño a todas partes ahí limpiando.

P

...y no nos ha dado tiempo a apañarlo antes de abrir.

L

¡Pero eh! No es más limpio el que más limpia, sino el que menos ensucia. ¿Te pongo el cuarto trasero de gallina de los jueves?

Í

Tienes, qué sé yo, uno, dos años, y solo escuchas voces de fondo, gente que entra y sale y nada más. Algo tan pequeño aún no tiene nada detrás de los ojos. Tú, desde que pones una suela de tu Lelli Kelly en el suelo de la carnicería, no ves más allá de las vitrinas iluminadas. Te sueltas de mi mano, es la primera vez que lo haces, pero no será la última, y avanzas, nunca has andado tantos metros tú solo sin caer, sin rendirte a la gravedad, al confort de gatear. Avanzas hacia el mostrador, directo, tocando cada una de las rodillas que esperan que llegue su turno. Las esquivas y coges la delantera hasta que llegas a la vitrina, resplandeciente, límpida, y metes tu nariz recién nacida ahí, en la estrecha ranura de dos centímetros que queda entre un cristal y el otro.

M

Tiene la nariz de su padre.

Í

Inspiras... y huele tan... No sabes muy bien lo que es ese olor entre salado, dulce y sangre porque tienes, qué sé yo, uno, dos años, pero te quedas ahí, la cara y las manos pegadas al cristal, y desde entonces, ya no existe nada más que la luz, una luz hecha para resaltar el lustre de la carne. Desde entonces, sabes que no habrá nada más en toda esa vida que tú acabas de inaugurar. Desde entonces, sabes que si a las cosas no se las mira a través de esa luz, cogerán polvo, que si a las personas no se las ama a través de esa luz, se volverán grises, que si las cosas no se viven con ese brillo, se convertirán en vana supervivencia, en comer, cagar, echar alguna siesta y trabajar. Y tú tienes, qué sé yo, uno, dos años, pero la luz de la vitrina te muestra por primera vez la presencia de mamá, como la de la abuela, una presencia musculosa, expansiva y gallinácea tras el mostrador, y tú sabes, desde entonces aprendes, que la carne siempre siempre será débil, porque es una certeza que si pinchas la carne, sangra, porque es irrefutable que la carne suda como llorando, que huele como pidiendo ayuda, que arde o que se enfría como quien se enamora y luego se desengaña, que la carne está aquí, latiendo en la palma de tu mano, o que muy pronto se apaga, troceada en una bandeja de polietileno y cubierta de cantidades ingentes de papel film transparente.

S

Pero bueno, ¿quién hay aquí?

L

¡Pero serás gorrino! Míralo, con los mofletes ahí pegados, ¡te voy a dar!

S

Va, solo es un chaval, es un buen chico.

L

Como me chupes el cristal, esa lengua la voy a poner para vender.

P

Anda, ven pa'cá que te limpie esa cara pringosa.

Í

El abuelo te lleva hacia la trastienda, detrás de la cortina roja de plástico, y de camino en brazos ves a tu madre y a tu padre quererse, de la forma extraña que tienen algunos cuerpos de hacerlo, pero quererse, aunque eso el hijo no lo recordará más tarde, cuando sea adulto.

L

¿Entonces te pongo la careta de cerdo? Esto te sala el potaje que no veas.

A

Tienes, qué sé yo, uno, dos años, y de camino a la trastienda te miras cara a cara con esa máscara de cerdo y le sonríes, como viejos amigos que se reencuentran. Acto seguido, algo explota, como una palomita en la sartén. Es una mosca, electrocutada de un chispazo en la luz fluorescente de la vitrina, esa misma luz que tú no podrás olvidar nunca. Tienes, qué sé yo. Tres, cuatro años. Y después cinco y siete y diez y trece. Y todos los años, todas las tardes de lunes a sábado, cuando la carnicería echa el cierre, sacamos las sillas rojas de plástico a la acera, a la fresca.

L

La madre se echa perfume de lavanda en las manos.

S

Esto es lo único que le saca a una el olor a cerdo de los dedos, hija, ¿quieres?

L

No. El padre hace autodefinidos.

A

¡Dilo en voz alta!

A Y P

¡Papá, dilo en voz alta!

Í

Deis auxilio...

A Y P

Auxiliéis.

L

Los crucigramas son la única vía de lenguaje posible en las tardes espesas.

Í

Relativo a la vejez.

A Y P

Ni idea.

Í

Cinco letras.

A Y P

Qué no lo sé.

Í

Va.

L

Sus únicas palabras disponibles para la comunicación...

Í

Empieza por ese.

L

...las que caben en esas casillas.

A Y P

Qué no lo séeeee.

Í

¿Y entonces por qué coño me dices que haga los crucigramas en voz alta si luego no te lo sabes?

S

Cuando llueve, metemos las sillas dentro de la carnicería.

Í

Un, dos, tres, ¡pollito inglés! Un, dos, tres, pollito inglés, sin mover las manos ni los pies. Sin mover las manos ni los pies, dice.

L

Papá, ¿y por qué el pollito este es inglés?

Í

Sin mover las manos ni los pies, dice el juego.

A

¡Papá / Íñigo! ¿Qué coño haces?

S

Pero el suelo de la carnicería resbala, así que el hijo deja de jugar.

L

¿Y la hija qué hace?

A

Hazlo tú.

S

Entonces se sienta frente a la vitrina a mirar la luz, lo único que no ha rechazado de su pasado con la entrada a la indócil adolescencia.

L

Míralo, de mayor, electricista.

A

Vendedor de bombillas.

Í

Iluminao, de mayor, *iluminao*.

S

Tienes, qué sé yo, trece, catorce años, y una mañana llega a la carnicería un paquete. ¿Qué es esto?

Í

Una pantalla digital. Esto lo cuelgas ahí, en la pared, y te dice el turno, te pone el numerito ahí, y cambia solo, automáticamente, pim-pam.

S

Pero nosotros ya tenemos nuestros rollos de coger turno y mis padres no sé si esto/

Í

Ya, pero es que hay que modernizarse, en el centro lo tienen en todas partes así, del cuarenta y ocho al cuarenta y nueve sin que tu madre tenga que cantar a gritos ¡CUARENTA Y NUEVE!, así, un botón, pim-pam.

P

Papá, ¿ese hombre no se parece mucho a Felipe?

Í

¿Qué Felipe?

P
Felipe, el Rey Felipe.

S
Que no era Felipe, nene.

Í
Ahí aún estaba Juan Carlos.

S
Claro, era Juan Carlos que es el más campechano de todos.

Í
Bueno, y al que le encantaba probar cosas: que si el cocido de Vallecas, que si el chino del robot de Santa María de la Cabeza...

P
Pero si yo... yo recuerdo haber/

L
Era Juan Carlos. Me acuerdo perfectamente porque entró y dijo "Me han dicho que tenéis el mejor salchichón".

S
Qué bien lo imita. ¡Un aplauso!

*Les entra un ataque de risa. Aplauden, celebran.
De pronto, están en una feria ganadera. Llega el turno de La Jugosa S.L.*

S
Gracias, gracias, muchas gracias. ¿Se oye? No sabíamos si contar lo del Rey. ¿Verdad que no sabíamos?

Í
No sabíamos.

S
Pero es que resulta que un trabajador de las cocinas de La Zarzuela/

Í
Un ayudante del cocinero, un pinche.

S
Pues que este ayudante había probado el salchichón de mi padre.

Í
Sí, o sea quiere decir que/

S

Y claro, pues llegó a los oídos del Rey Juan Carlos que era el mejor de los mejores y claro, pues también lo quería probar.

Í

Y vaya si lo probó.

S

Y vaya si lo probó. ¿Te acuerdas? ¿Que lo cogió así como... ?

Í

Es que con los vinos...

S

Llevamos un jaleo.

Í

Bueno, hemos venido a esta feria para presentar en sociedad a La Jugosa S.L.

S

La Jugosa es la historia de una empresa que antes que nada es una familia. ¡Ay, no me beses que me emociono! Es la historia de una mujer trabajadora, mi madre.

Í

¡Cómo embutía su madre!

S

De un hombre humilde, mi padre.

Í

Y de la fascinación de un rey/

S

Un rey que un día, de pronto, nos dice... pero bueno, pero vosotros, ¿qué necesitáis para hacer esto más grande?

Í

Y dijo, pues... ¿un terreno? Pues pim-pam.

S

Y dijo, pues... ¿un matadero de... ganado porcino?

Í

Pim-pam.

S

Pim-pam.

Í
¿Unos permisos?

S
¿Una fábrica de embutidos?

Í y S
Pim-pam.

Í
¡Licencias!

S
¿Dos plantas de producción cárnica?

Í y S
Pim-pam.

S
Y aunque el salchichón de mi padre sigue funcionando perfectamente...

Í
O sea, que se vende, que se vende muy bien.

S
... La Jugosa se ha especializado sobre todo en animales jóvenes.

Í
Que es lo que hemos venido a presentar a esta feria.

Les suben la música y les bajan los micros para que vayan acabando, como en los Goya.

S
Ya saben, cabrito...

Í
Añojo...

S
Ternera de leche...

Í
Cordero... ¡Ay, la foto, la foto, hay que hacer la foto!

S
¿Dónde está el niño? ¡Cordero! ¡Cordero! Ah mira, aquí está.

PABLO se coloca para la foto, cuando están listos, flash.

P

Tengo, qué sé yo. ¿Veinte años? ¿Casi treinta?